

## PLIEGO DE ANTICIPACIONES

*H*ay que hablar de ciertas cosas que te parecen incómodas y que tal vez lo sean. Más lo serían, llegada la hora, si no las decimos y preparamos; o peor aún, si ocurre de pronto lo que ignoramos en silencio, alentados por una suerte de amable aplazamiento. Moriré, desde luego, como tantos en torno, que van despoblando el campo de mis familiares, compañeros, bienquerientes y malquerientes; muchos con más años a cuestas de los que llevo en este momento; otros, no pocos, con menos y hasta con mucho menos. Se dice, con rara y admirable sabiduría, que cuando llega la hora, llega la hora. Así parece. Frente a la experiencia del despoblamiento y la certeza de la muerte inevitable, es obligado que conversemos, preparemos y resolvamos.

Reconozcamos de entrada, como punto de previo y especial pronunciamiento, una expresión legaloide que no he olvidado, que tengo cierto derecho a disponer lo que resuelvo en següida. Es natural que procuremos organizar la vida conforme a nuestro gusto y deseo, a nuestra posibilidad y esperanza. Pero en el camino de los cumplimientos surgen obstáculos que desvían el proyecto y lo encaminan conforme a designios cuyas claves desconocemos. Ni modo. Ahora bien, en medio de todo nos queda la ilusión, una ilusión imperiosa, de gobernar nuestra muerte. No será fácil que lo consigamos, si se trata de resolver punto a punto la etapa terminal de la vida, el cómo, el cuándo, el modo, la circunstancia. También aquí nos asimos a los buenos deseos. “Quiera Dios” es lo que se nos ocurre. Nuevamente, ni modo.

Pero ahora me quiero referir a otro tema en el territorio de la muerte: las decisiones de última voluntad, que se dice, testamento y aledaños. Aquí las cosas podrían ser menos complicadas, más abordables, si queremos que lo sean. Del testamento me he ocupado, siempre en confianza contigo y a la medida de tus requerimientos, que procuro atender con amor y agrado. Hablemos, entonces, de los aledaños. Supongamos que ahí está el cuerpo inánime. Es preciso disponer de él, porque la ley lo ordena, la razón lo recomienda y la sociedad lo aguarda. El mismísimo difunto, si percibe el rumor que lo rodea, estará al tanto de que hay trámites pendientes y deberá resignarse.

Es aquí donde entramos en complicaciones que quiero compartir contigo y en soluciones que te pido ejecutar con fidelidad perfecta. No deseo caer en el tono solemne, lúgubre inclusive, con el que solemos hablar de la muerte. Permíteme ser, hasta cierto punto, festivo. Será más llevadero. Por otra parte –disculpa la claridad y tal vez la rudeza– convengamos que no estoy obligado –¡nada más eso faltaba!– a aceptar imposiciones y admitir concesiones en puntos tan personales como los que ahora me ocupan.

Si no quieres o no puedes hacer lo que te pido, me lo dirás de una vez para que procure a tiempo otro encargado de este cumplimiento, que lo asuma con eficacia y no oponga sentimientos, prejuicios, protocolos, usos y ritos. Ya te he dicho que lo menos a que puede aspirar una persona es a decidir la suerte de sus restos y la tramitación que desencadena el fallecimiento. Entiendo que habrá iniciativas que pretendan imponer las costumbres de todos a mis propias decisiones. Créeme que nada me affigiría más, donde quiera que me encuentre, que resultar vencido, también en esto, por la voluntad ajena. No sólo me affigiría; peor que eso: me irritaría. Y no es conveniente que el espíritu desencarnado vague affigido e irritado. Conviene aligerar el tránsito y alegrar el ánimo. Nada me daría más gusto ni haría mejor servicio que satisfacer el proyecto mortuario que te confío, entregando su fiel observancia a tu honradez y a tu afecto.

Como sabes, he soportado a pie firme, sólo murmurando, ciertos ritos que no comparto. Atendí, cada vez que no pude evitarlo, las exigencias que amigos, familiares, conocidos y desconocidos, todos a una, como Fuenteovejuna, me formularon durante décadas para satisfacer su convicción y deleite, que no los míos, en abundantes celebraciones: nacimientos, bodas, aniversarios, exequias, homenajes. Los he atendido, esperando que llegara mi turno de hacer las cosas a mi manera, no a la de otros, por lo menos en el ámbito personalísimo –lo es, ¿de acuerdo?– de mi propio arreglo funerario. En este proyecto tu intervención será decisiva, para mi tranquilidad ahora mismo, cuando escuche tu promesa, y mi satisfacción más tarde, que será cuando menos imaginemos. ¿Cuento contigo en muerte, como en vida? O más todavía, porque en muerte no puedo valerme de mis fuerzas, ni librar batalla contra imposiciones que pudieran persuadirte o vencerte, y cuyas razones acaso compartes.

Desde luego, declaro inmediatamente, con el mayor énfasis, en tono muy alto y seguro, que respeto fervorosamente las costumbres adoptadas por otras personas y seguidas por el mundo en el que vivimos. No pretendo contender con nadie, ni negarle sus derechos, ni tener intervención alguna en sus gustos y preferencias, ni volver al revés la sociedad en que navego y las convicciones que dominan. No procuro adoc-trinar. Que cada quien profese con entera libertad lo que mejor le parezca. Yo sólo aspiro a lo que me parece mejor para mí solamente.

En primer término te pido —encarecidamente, como se dice cuando hay que poner juntos el ruego y el acento— que conserves para ti y sólo para ti la noticia de mi muerte. No la difundas, ni siquiera a tus allegados más cercanos y confiables, y tam-poco a quienes supones que son los míos. Ni a unos ni a otros. En otras palabras: a nadie. Me horroriza la idea de que una secretaria o un grupo de mensajeros solícitos difundan la noticia en profusas llamadas telefónicas. He sido testigo y víctima de estas diligencias, que cunden como reguero de pólvora encendido. Me harían recordar, si uno puede recordar en esas circunstancias, las ocasiones en que debí abandonar el trabajo o el descanso, el amor o el banquete, para salir de prisa, cualquier día, a la hora que fuera, para sumar mi figura al paisaje de los dolientes en una capilla fune-raria, adaptando el gesto y las palabras a las fórmulas acostumbradas.

También te pido —sí, encarecidamente: mitad súplica, mitad exigencia, y en ambas mitades ilusión y esperanza— que te abstengas completamente de ordenar la publicación de esas gacetillas, de diverso precio y tamaño, que difunden en los pe-riódicos la noticia de que alguien ha fallecido y proclaman las condolencias de quien las patrocina. Si por desgracia se conoce la noticia de mi muerte, a pesar del riguroso secreto que te encomiendo, hazme el gran favor —que apreciaré eternamente; lo digo en el más estricto sentido de la palabra— de disuadir el entusiasmo de quien pretenda disponer alguna esquela. Persuádelo con empeño, convéncelo de que agregará a la pena que yo tenga por mi muerte, la molestia que me dará leer sobre ella en la pren-sa, una molestia innecesaria y evitable. Algo más: no tendrá sentido que publiques —si tal idea cruzara tu mente— agradecimiento alguno por las muestras de pesar que ha-brías recibido, porque a falta de noticia no habrá condolencias y todos quedaremos en paz y contentos.

En cuanto a capilla para velar los restos, sírvete recordar que soy derechohabiente del servicio funerario público, mediante pago oportuno de las cuotas correspondientes. Puesto que deberemos cumplir el trámite velatorio que la ley exige, mira que el cuerpo repose en una modestísima caja de madera, herméticamente cerrada, a prueba de miradas curiosas y saludos finales. De ninguna manera —eso lo prohíbo con énfasis— permitas que me trasladen a una lujosilla funeraria comercial, que le dicen agencia de pompas fúnebres. Evita visitas, que me incomodarían. Prevé, al evitarlas, la horrenda posibilidad de que algún circunstante se complazca abriendo la escotilla del ataúd para contemplar el rostro del muerto, y de que proliferen en torno animadas conversaciones. No quiero ser héroe póstumo, ni santo extemporáneo.

Cierra la capilla en cuanto llegue el féretro y dispón que sólo se abra con propósito crematorio. Tampoco pongas a la puerta de la capilla un cuaderno, a la manera de carnet de baile, donde los dolientes hagan constar su dolor profundo. Desde luego, podríamos salir al paso de muchos riesgos si el cuerpo queda en la casa donde hemos vivido. Sin embargo, no quiero provocarte un mal recuerdo, ni alentar visitas inopinadas que conviertan la sala en depósito de recuerdos y obliguen al servicio a proveer cocteles y bocadillos.

Hemos conversado sobre el destino final de mis restos, si están disponibles para este propósito. En una época, que tú conoces, tuve la peregrina ocurrencia de que fueran inhumados en un panteón cercano, y que sobre la tumba se erigiera un monumento, quizás de mármol, si había con qué pagarlo, en el que se daría cuenta de mi nombre, de mis fechas más características —nacimiento y fallecimiento— y de alguna frase que no definí nunca.

Me arrepiento y retracto de esas pretensiones. Ahora deseo —y en esto coincido con tu propio punto de vista, según entiendo— que mis restos sean cremados a la brevedad posible. No quiero que la ceniza quede depositada en una urna, y que ésta se coloque en una cripta. Por favor, no. Dispersa esa ceniza donde quieras. Por supuesto, no te pediré que sea en el lago de Chapultepec, en el río Támesis, en el cráter del Vesubio, en el Mar Tirreno o en otro lugar igualmente práctico y accesible. Que vuelen donde puedas hacerlas volar, discretamente, como quien no quiere la

cosa. Guarda con celo la identidad del aire que se las lleve. No habrá, pues, ni urna, ni cripta, ni placa, ni nada.

Como sabes, a veces asalta a los buenos amigos, con propósito festivo, la iniciativa de mover el féretro y trasladarlo a lugares donde el muerto, cuando vivo, dejó alguna huella de su existencia. No describo con mayores detalles estas vicisitudes, que son conocidas. Seguramente no habrá ocurrencias de esta naturaleza, que me sobresalten. Pero te pido que estés alerta para que no surjan, y si aparecen, sean inmediatamente descartadas. Que tu negativa terminante se sume a la mía. Otro tanto digo en lo que respecta, si se planteara la iniciativa, a mesas redondas, coloquios, convites, homenajes –se les dice–, veladas y otras amenidades. Lo mismo: por favor, nada. Descansemos todos y prosigamos nuestras vidas. Yo seguiré la mía según se acostumbre en la otra ribera del río.

No desecharé la posibilidad, que también forma parte de los usos de nuestra sociedad cristiana, de que se digan misas por el eterno descanso de mi alma, reposo que soy el primero en desear fervorosamente y que espero obtener por piedad, no precisamente por justicia. Es frecuente que haya misas de muerto, y que algunos voluntarios se hagan cargo de circular invitaciones, convocatorias, devotos apremios que permiten menudas concentraciones y abrazos prolijos en el templo y a sus puertas. Nuevamente habría quienes dejaran el trabajo, el descanso o el placer para concurrir a alguna misa y cumplir –sí, cumplir– con los deudos contritos.

Como se desprende de esta nota, no quiero inferir molestias a mis allegados, si los tengo. Omitamos la convocatoria, sin prescindir de la misa. Mantengamos este oficio en secreto. Dios, tú y yo estaremos enterados de qué se trata. Tampoco evitaré, por cierto, que cada quien eleve en su casa y en la discreción de su conciencia, las oraciones que quiera. Más aún: las agradeceré en silencio. Yo confinado donde me localice, y los bienquerientes donde se hallen, sin necesidad de engalanarse con negruras, abordar el automóvil, combatir el tránsito cuando el sol declina, desafiar la lluvia, escuchar el fervorín de costumbre, mirar el reloj con impaciencia, formar fila para despedirse.

Concluyo, querida mía, con la confianza de que me brindarás, en muerte, la misma atención que me prodigaste en vida. Dame el gusto infinito –donde me en-

cuentre todo será infinito— de que las cosas vayan como las pido, aunque con esto evitemos distracciones usuales o provoquemos alguna extrañeza e incluso cierto malestar a quienes podrían sugerir y hasta promover un despliegue funerario digno del gusto general. Permíteme que en esta ocasión satisfaga sólo mi propio gusto. Llegada la hora, me lo habré ganado. ¿No te parece? Gracias, de antemano.

